

## **Convivialidad y omnigracia en Iván Illich y Aldo Capitini. Dos caminos para una sociedad liberada.<sup>1\*</sup>**

**Carlo Orefice**

*Universidad de Siena, Italia*

**Antonio Vigilante**

*Universidad de Siena, Italia*

### **Las razones de un acercamiento**

Entre las figuras destacadas que el siglo XX nos ha legado por su capacidad de subvertir los axiomas culturales dominantes, Iván Illich ocupa un lugar de alto relieve. Escritor, filósofo y teólogo austriaco, de quien conmemoramos los cien años de su nacimiento (1926-2002), Illich fue un verdadero “pensador nómada”, una figura cosmopolita cuya obra supo traspasar todas las fronteras, siendo traducida y discutida en todo el mundo. Su fama global, lo convierte en la actualidad en un punto de referencia imprescindible para quien desee analizar críticamente la modernidad, habiendo propuesto, con décadas de antelación, algunas herramientas intelectuales para imaginar un mundo más a la medida de los seres humanos.

Por esto, partiendo del aliento internacional de Illich que nace la exigencia de un diálogo con un protagonista muy diferente, pero sorprendentemente cercano: el italiano Aldo Capitini (1899-1968). A pesar de la profundidad de sus intuiciones sobre la democracia, la educación y la no violencia, Capitini ha permanecido durante mucho tiempo como un tesoro custodiado casi exclusivamente dentro de las fronteras nacionales: fundador de la Marcha de la Paz Perugia-Asís y teórico radical, pagó el precio de una cierta

---

<sup>1\*</sup> Esta contribución es fruto de una reflexión conjunta entre los autores. Únicamente por razones de atribución científica, se especifica que Antonio Vigilante es responsable del párrafo 2, mientras que Carlo Orefice lo es del párrafo 3; los párrafos 1 y 4 han sido elaborados por ambos autores. La traducción al español del artículo es de Carlo Orefice.

desclasificación política y de una práctica deliberadamente ligada al territorio, factores que, junto con la barrera lingüística, limitaron su circulación en el extranjero.

Aproximar estos dos perfiles, por lo tanto, no es un simple ejercicio académico o una operación promocional con motivo de un aniversario, sino un necesario acto de mediación cultural. Aunque operaron en contextos muy lejanos y de forma totalmente independiente, Illich y Capitini se descubren hoy como compañeros de camino en una visión del mundo de extraordinaria actualidad.

Lo que los une es, ante todo, una crítica radical a las instituciones, vistas a menudo no como soportes, sino como dispositivos capaces de generar dependencia y pasividad: el primero, criticándolas cuando éstas se convierten en monopolios radicales que quitan libertad y autonomía al hombre para convertirlo en un usuario pasivo; el segundo, cuando tienden a cristalizarse, excluyendo así la participación de los individuos y sofocando su tensión ética.

Ambos, desplazaron luego la mirada hacia los márgenes, identificando en la centralidad de los excluidos (para Illich, los no escolarizados, los consumidores pasivos, los pobres, los “excluidos de la palabra”; en el caso de Capitini, los débiles, los enfermos, los discapacitados e incluso los muertos, cuya unidad con los vivos fue pensada dentro de una compleja *metafísica práctica*) a los verdaderos sujetos capaces de desencadenar un cambio profundo: no para ser integrados pasivamente en un sistema existente, sino como verdaderos protagonistas de una transformación radical de la sociedad desde abajo, desde el punto de vista de quienes están al margen de la sociedad capitalista, competitiva y excluyente.

Es por esto por lo que, la propuesta pedagógica de estos dos autores se mueve en la misma frecuencia: la convicción de que una educación auténtica no puede ser impartida desde arriba, sino que debe nacer de una relación dialógica y horizontal, capaz de devolver a cada individuo su dignidad y voz.

### **Contra el cierre institucional**

El diálogo propuesto entre Illich y Capitini, aunque necesariamente sintético en este espacio, ayuda a comprender cómo los “cierres” modernos que habitan nuestras sociedades actuales (burocracias digitales, lógicas algorítmicas, sistemas sanitarios hiper tecnológicos) solo pueden ser contrastados a través de una reapropiación de la responsabilidad individual. La conexión entre ambos autores reside en la idea que la verdadera libertad no es “concedida” por el Estado o por una institución, sino que nace, precisamente, de la

capacidad de los ciudadanos para crear espacios de relación no mediados por el poder. En cierto sentido, si Capitini proporciona la base ética y política de esta participación (el “quién”), Illich efectúa una crítica técnica a cómo las herramientas nos dominan (el “cómo”). Juntos, estos dos autores ofrecen un manual para evitar que la sociedad se convierta en un “instituto total”, restando así al individuo su capacidad de actuar, pensar y curarse de forma autónoma.

A este respecto, para aclarar mejor lo propuesto, resulta útil recorrer brevemente algunos momentos de la vida de estos autores, deteniéndose en algunas de sus obras.

Capitini nació en Perugia en 1899. Estudiante en la Scuola Normale Superiore de Pisa, fue destituido de su cargo de secretario en 1932 debido a su negativa a afiliarse al Partido Fascista. De regreso en Perugia, trabajó tejiendo redes de oposición al régimen basadas en un pensamiento político y religioso, que pretendía hacer un vuelco radical de la visión del mundo fascista, y cuya primera expresión fue *Elementi di un'esperienza religiosa* publicado en 1937, un libro que logró escapar a la censura gracias a la referencia a la religión, que evidentemente resultaba tranquilizadora. El filósofo reivindicó siempre el carácter religioso de su pensamiento, lo que le alejó de las simpatías de muchos laicos, mientras que a la Iglesia no se le escapó el carácter subversivo de su propuesta (su libro *Religione aperta*, publicado en 1955, fue incluido en el Índice; seis años después, Capitini pidió al obispo de Perugia borrar su nombre del registro de bautizados). Una oposición radical a la Iglesia católica que no le impidió dialogar y colaborar con católicos individuales o incluso con sacerdotes más o menos heréticos como Ferdinando Tartaglia y don Lorenzo Milani, bajo el principio de severidad máxima hacia la institución, acompañada de afecto hacia los creyentes individuales.

Illich era ordenado sacerdote católico precisamente en los años de mayor fricción de Capitini con la Iglesia. Tras trabajar como vicario parroquial en Nueva York en una parroquia puertorriqueña, fue nombrado vicerrector de la Universidad Católica de Puerto Rico. En 1968, año de la muerte de Capitini, es convocado ante la Congregación para la Doctrina de la Fe; se niega a responder a las preguntas del Santo Oficio y, de hecho, abandona el ejercicio del ministerio ordenado sin llegar a renegar nunca de su fe. La raíz de su crítica a las instituciones parece ser, por tanto, profundamente teológica: la convicción de que el mensaje evangélico había sido traicionado por su institucionalización. A diferencia de Capitini, Illich se niega a hablar como teólogo porque, afirma en una entrevista:

“quien pretende hablar como teólogo se reviste de la autoridad que le confiere la jerarquía. Yo no pretendo estar investido con ese mandato” (Illich 2008, 19).

Y, sin embargo, el pensamiento religioso sigue operando tras sus análisis radicales de las instituciones y las tendencias de la sociedad contemporánea, hasta hipotetizar la existencia de una suerte de *Illich Code* (cfr. Hartch, 2015, p. 146), que esconde la crítica a la institución eclesiástica tras la crítica a otras instituciones, empezando por la escolar. En una intervención de 1971 en la Thomas More Association de Chicago, Illich parece admitirlo:

“Mi único motivo, personal e íntimo, para analizar la escuela fue poder entender qué le pasó verdaderamente a la iglesia” (ivi, 1947).

En Capitini se plantea desde los *Elementi* la oposición entre abierta y cerrada: la persuasión religiosa, movimiento que, partiendo de la conciencia de la propia finitud, llega a la unidad con cada ser viviente. El autor no puede evitar entrar en contraposición con la institución, debido a su rigidez y la pretensión de poseer la verdad última, la condena a la perdición para quien se aleja de ella y su poder puramente exterior:

“La pretensión de la institución eclesiástica - escribe - nos parece algo, en cambio, limitado, y que no corresponde a esa amplitud de religión a la que hemos llegado” (Capitini 1994, 44).

Tenemos aquí una singular y, para muchos, desconcertante crítica religiosa del catolicismo que, como en Illich, constituye la premisa para el análisis y el rechazo de otros cierres sociales e institucionales. La apertura religiosa de lo íntimo exige una política (la omnicracia: el poder de todos), una sociedad y una educación abiertas.

### **Por una sociedad y una educación abierta**

A partir de estas consideraciones, resulta evidente pensar que, para Capitini e Illich tenía sentido hablar de una educación abierta solo si esta hacía a los individuos menos dependientes de las instituciones y más capaces de colaborar entre pares: la educación no como lugar donde se va para “convertirse en alguien”, sino como un espacio donde se aprende a ser libres junto a las demás personas.

Capitini teorizó y practicó la omnicracia, el poder de todos, que no era una simple variante de la democracia representativa sino su evolución radical, hecha posible por amplias asambleas populares. Tales eran los Centros de

Orientación Social (C.O.S.), espacios abiertos donde los ciudadanos discutían y controlaban la actuación de las instituciones, que el filósofo promovió en la posguerra en Perugia y otras ciudades. Para Capitini, los C.O.S. eran el espacio en el que la omnicracia cobraba vida: una asamblea perennemente abierta donde no se necesitaba un carné de partido para tener voz. El lema de los C.O.S. era “Escuchar y hablar”. Se realizaban dos reuniones semanales, una los lunes para problemas de la ciudad y otra los jueves para problemas políticos. La discusión era regulada mediante una campana usada por un presidente, que aseguraba la libertad de expresión; los protagonistas eran las personas pobres y más necesitadas, que finalmente tenían aquí derecho a la palabra.

“Lo hermoso es esto - escribe Capitini - que esa gente anónima se levanta a hablar, y junto al presidente están el prefecto, el alcalde, los jefes de las administraciones, invitados al C.O.S.”. “Señor Prefecto - pregunta uno - el aceite aún no se ve, y sabemos que en los molinos se vende a escondidas en el mercado negro” (Capitini, 1995, p. 15).

Pero los C.O.S. también impartían cursos de inglés, de historia de las doctrinas sociales, de teoría política, además de analizar en profundidad el programa de los partidos. Y realizaban la unidad entre intelectuales y pueblo, porque quienes hablaban a la gente eran personalidades de la talla de Ernesto Buonaiuti, Guido Calogero (quien junto a Capitini había fundado durante el fascismo el movimiento liberalsocialista) o Piero Calamandrei.

Para Capitini se trataba de impedir que el impulso ético-político de la resistencia se apagara en la democracia de partidos, cuyas posibles involuciones había previsto con extraordinaria lucidez. En esencia, los C.O.S. eran un gimnasio de democracia cotidiana: no se limitaban a votar una vez cada cierto año, sino que se aprendía a estar juntos, a discutir los problemas de la ciudad y a sentirse responsables del bien común. Era la idea de una política que no delega el poder en unos pocos, sino que lo distribuye entre todos, haciendo de cada ciudadano un protagonista activo de la vida social.

Illich, aunque comparte con Capitini esta crítica a las instituciones centralizadas, utiliza un vocabulario diferente que tiene, en el concepto clave de convivialidad, su razón de ser. Si Capitini se concentra en *quién* debe gestionar el poder, Illich desplaza la mirada hacia *cómo* se vive. Para Illich, el enemigo no era solo el dictador, sino la “máquina” - entendida como aparato industrial y burocrático - que se vuelve tan compleja que esclaviza a quienes debería servir. Una sociedad es, por tanto, convivencial cuando sus herramientas (sean la medicina, la escuela o los transportes) son accesibles, comprensibles y manejables por cualquiera. Al explicitar su pensamiento, Illich

denuncia así la “contraproduktividad” de las grandes instituciones: cuando un sistema se vuelve demasiado grande, termina por destruir aquello que pretendía promover (se piensa, por ejemplo, en un sistema de transportes que genera más tráfico del que descongestiona). La convivialidad es, por lo tanto, la reivindicación de una autonomía creativa: el derecho a aprender sin maestros autoritarios, a sanar sin ser reducidos a pacientes pasivos y a moverse sin depender de gigantes tecnológicos.

Aparece claro, pues, que en esta comparación se vislumbra una sintonía profunda en las intenciones de los autores, aun en la diversidad de las herramientas. Capitini nos ofrece el método político: una gestión coral y no violenta del poder, que rechaza la exclusión. Illich nos brinda el método técnico y social: una crítica radical a los medios de producción que privan de la iniciativa personal. Además, las similitudes son evidentes en la aversión común hacia la “cúpula” y en la confianza inquebrantable en la dimensión local y comunitaria. Donde Capitini ve la salvación en la *copresencia*<sup>2</sup> y en el compromiso coral, Illich la ve en la liberación del individuo de las cadenas de la dependencia técnica. En síntesis, si la omnicracia capitiniana nos enseña a *estar juntos* sin amos, la convivialidad illichiana nos enseña a *usar las cosas* sin convertirnos en sus siervos. Juntas, estas dos visiones, trazan el rumbo hacia una sociedad que no se conforma con ser bien gobernada, sino que aspira a ser, finalmente, dueña de su propio destino.

### **Repensar la educación de adultos a través de Illich. Algunas consideraciones.**

El concepto de convivialidad de Illich, animado por los presupuestos aquí destacados, no debe considerarse un accesorio pedagógico, sino el eje sobre el cual la educación de adultos debe centrarse. También hoy, repensada: no como un proceso transmisivo, sino como una dinámica horizontal de la educación entre adultos. En este escenario, como hemos visto para Illich, pero también para Capitini, el aprendizaje deja de ser una acumulación de competencias

---

<sup>2</sup> No es posible aquí un tratamiento, ni siquiera sumario, de la compleja concepción capitiniana de la compresencia. En la conclusión de *Attraverso due terzi di secolo*, un texto que tiene un valor casi testamentario, al haber sido publicado poco antes de su muerte, el filósofo la sintetiza así: “He insistido durante decenios en aprender y en decir que la multiplicidad de todos los seres se podía pensar como poseedora de una parte interna unitaria de todos, como un nuevo tiempo y un nuevo espacio, una suma de posibilidades para todos los individuos, incluso los afectados y los anulados en la multiplicidad natural, visible, sociológica. A esta unidad o parte interna de todos, a su posibilidad infinita, a su novedad pura, a su ‘puro después’, a la finitud y a tantas angustias, la he llamado la compresencia” (Capitini, 1992, p. 15).

comercializables en el mercado, para convertirse en resistencia crítica. El principal desafío reside entonces en la capacidad de reapropiarse de herramientas cognitivas y materiales que sean realmente gobernables desde abajo. Una reapropiación que en la actualidad afecta también al mundo de las herramientas informativas y digitales, y a los espacios sociales vinculados a Internet.

En sus inicios, la red Internet parecía ser una gran herramienta convivial: permitía no solo acceder fácilmente a una gran cantidad de información, sino también generarla con nuevas y sencillas herramientas de publicación, como los blogs. Parecía realizarse el ideal propuesto por Illich en *Deschooling Society* (1971): una gran red que conectaba a las personas, permitiendo compartir conocimientos, experiencias y puntos de vista. Pero el sueño duró poco. La Red se ha centralizado progresivamente, engullida por unas pocas multinacionales que se han vuelto en muchos sentidos más poderosas que los propios Estados nacionales, y el nacimiento de las redes sociales ha contaminado el debate público poniendo en grave riesgo la democracia, incluso en los Estados donde parecía más sólida. La época actual, en la que la invasión de los servicios digitales y los aparatos industriales no se limita a simplificar la vida, sino a modelar el pensamiento mismo, corre el riesgo de deslizarse hacia un totalitarismo informático, donde la manipulación algorítmica sustituye a la libre elección y las propias prácticas elementales de socialización generan beneficios en el ámbito del nuevo “capitalismo de la vigilancia” (Zuboff, 2023).

Educar a los adultos hoy significa, en primera instancia, proporcionar las claves para descodificar estas arquitecturas invisibles, devolviendo a los sujetos el control sobre su propia “caja de herramientas” existencial. Sin embargo, como nos habría sugerido Illich, la dimensión proyectual no puede agotarse solo en la crítica tecnológica; debe traducirse en la creación deliberada de espacios *analógicos*, lugares físicos y relacionales en los que la experiencia humana vuelva a estar mediada por el cuerpo y la palabra viva. En una sociedad fragmentada, donde la diversidad de visiones del mundo a menudo desemboca en polarización o aislamiento, la educación de adultos debe plantearse el ambicioso objetivo de enseñar nuevamente el arte de vivir juntos.

Esto implica un cuidado meticuloso del “marco dialógico”: no basta estar en el mismo espacio, sino que, como hemos visto, es necesario cultivar activamente los valores de la reciprocidad y la escucha que hacen posible el intercambio. La mayor criticidad reside precisamente aquí: en contrarrestar el analfabetismo emocional y relacional que el distanciamiento tecnológico ha alimentado, proponiendo recorridos proyectuales que pongan en valor el conflicto constructivo y la participación activa como únicas defensas contra la pasividad

del consumo cultural. En esta dirección, la categoría de convivialidad aparece pues como fundamental para una educación de adultos, que evidentemente debe repensarse como *educación entre adultos*. Por un lado, es la creación de herramientas que sea posible controlar, contrarrestando la invasión de instrumentos industriales y servicios digitales que llevan a la manipulación, hasta instaurar una nueva forma de totalitarismo informático y tecnológico; por otro, la creación de situaciones en las que sea posible ejercitarse en el arte de *vivir juntos*, dialogando a pesar de la diversidad de visiones del mundo, atentos a cuidar el marco dialógico y los valores que lo hacen posible.

Siguiendo este planteamiento, podemos decir que el pensamiento de autores como Iván Illich y Aldo Capitini delinea una perspectiva radical y profundamente democrática sobre la educación de adultos, sustrayéndola de la lógica de la mera formación profesional para devolverla a la dimensión de la libertad y la participación civil. Illich, a través de su célebre crítica a la “escolarización de la sociedad”, nos advierte que el aprendizaje no debe ser un producto institucionalizado consumido pasivamente, sino un proceso de convivialidad que continúa durante toda la vida a través de redes de aprendizaje informales y el acceso directo a los recursos culturales. Desde esta óptica, la educación de adultos se convierte en un acto de “desescolarización” de las mentes, orientado a recuperar la autonomía individual frente a la dependencia de los expertos.

A esta visión se entrelaza armoniosamente la obra de Aldo Capitini, quien, con el concepto de “omnicracia” y la práctica de los Centros de Orientación Social, ve en la educación la herramienta clave para la gestión directa del poder por parte de todos. Para Capitini, educar al adulto significa promover una “trasmutación” ética y no violenta de la realidad, donde el diálogo coral y la apertura al otro permiten que cada individuo, independientemente de su título académico, se convierta en sujeto activo de la historia. Juntos, los autores sugieren que la educación de adultos no sirve para cubrir lagunas técnicas, sino para despertar la conciencia crítica y la capacidad de cocrear una sociedad más humana, abierta y libre de las jerarquías burocráticas. El contexto actual, caracterizado por la centralización de las infraestructuras digitales y la erosión de los espacios públicos de deliberación y participación democrática, hace urgente este trabajo de reapropiación comunitaria del poder social, buscando en las grietas de un capitalismo cada vez más agresivo aquellas prácticas concretas - asambleas, redes de aprendizaje, espacios de deliberación, pero también redes sociales descentralizadas - en las que la relación horizontal entre adultos es al mismo tiempo método educativo y forma de autogobierno.

## References

- Capitini, A. (1969), *Il potere di tutti*. Firenze: La Nuova Italia.
- Capitini, A. (1994), *Scritti filosofici e religiosi*. Perugia: Protagon.
- Capitini, A. (1995), *Origini, caratteri e funzionamenti dei C.O.S. Centri di Orientamento Sociale*. Tavola rotonda nel Cinquantenario dell'istituzione dei C.O.S. Perugia: Regione Umbria, Associazione Nazionale Amici di Aldo Capitini, Comune di Perugia.
- Capitini, A. (2018) [1950], *Nuova socialità e riforma religiosa*. Firenze: Il Ponte Editore.
- Gajardo, M. (2010), *Ivan Illich*. Traduzione e cura di José Eustáquio Romão. Recife: Fundação Joaquim Nabuco, Editora Massangana.
- Hartch, T. (2015), *The Prophet of Cuernavaca: Ivan Illich and the Crisis of the West*. New York: Oxford University Press.
- Hoinacki, L., Mitcham, C. (edd.) (2002), *The Challenges of Ivan Illich: A Collective Reflection*. Albany: State University of New York Press.
- Illich, I. (1977), *Nemesi Medica. L'espropriazione della salute*. Milano: Arnoldo Mondadori Editore.
- Illich, I. (2005), *Énergie et équité*. Nancy: Éditions Marée Noire.
- Illich, I. (2008), *Obras reunidas, Vol. II*. A cura di Valentina Borremans e Javier Sicilia. Città del Messico: Fondo de Cultura Económica.
- La Cecla, F. (2013), *Ivan Illich e la sua eredità: tra fine della modernità e ombra del futuro*. Milano: Medusa.
- Zuboff, S. (2023), *Il capitalismo della sorveglianza. Il futuro dell'umanità nell'era dei nuovi poteri*. Roma: Luiss University Press.

---

## Conviviality and *omnicrazia* in Ivan Illich and Aldo Capitini. Two paths for a liberated society

Carlo Orefice and Antonio Vigilante

### Abstract

The paper proposes a comparison between the thought of Ivan Illich (1926-2002) and that of Aldo Capitini (1899-1968), based on their common critique of institutions as devices of dependency and passivity. Despite having operated in independent contexts, the two authors converge on a vision of education as a horizontal practice of emancipation: Illich through the concept of conviviality and the critique of the counterproductivity of institutions and expert systems; Capitini through the theory of omnicracy and the practice of the Social Orientation Centers (C.O.S.).

The paper shows how this convergence offers analytical tools that remain valid for rethinking adult education in the current context, characterized by the centralization of digital infrastructures and the erosion of public spaces for deliberation. Adult education is thus reinterpreted as a collective construction of critical autonomy and new forms of sociality.

## **Keywords**

Ivan Illich, Aldo Capitini, adult education, conviviality, omnocracy, deschooling, participatory democracy.

---

## **Convivialité et omnocratie chez Ivan Illich et Aldo Capitini. Deux chemins vers une société libérée**

Carlo Orefice et Antonio Vigilante

### **Résumé**

L'article propose une comparaison entre la pensée d'Ivan Illich (1926-2002) et celle d'Aldo Capitini (1899-1968) à partir de leur critique commune des institutions en tant que dispositifs de dépendance et de passivité. Bien qu'ayant évolué dans des contextes différents, les deux auteurs convergent vers une vision de l'éducation comme pratique horizontale d'émancipation: Illich à travers le concept de convivialité et la critique de la contre-productivité des institutions et des systèmes d'experts; Capitini à travers la théorie de l'omnocratie et la pratique des Centres d'Orientation Sociale (C.O.S.).

L'article montre comment cette convergence offre des outils analytiques toujours pertinents pour repenser l'éducation des adultes dans le contexte actuel, caractérisé par la centralisation des infrastructures numériques et l'érosion des espaces publics de délibération. L'éducation des adultes est ainsi réinterprétée comme une construction collective d'autonomie critique et de nouvelles formes de socialité.

### **Mots-clés**

Ivan Illich, Aldo Capitini, éducation des adultes, convivialité, omnocratie, déscolarisation, démocratie participative.

---

## **Convivialidad y omnocracia en Iván Illich y Aldo Capitini. Dos caminos para una sociedad liberada**

Carlo Orefice y Antonio Vigilante

### **Resumen**

El artículo propone una comparación entre el pensamiento de Iván Illich (1926-2002) y el de Aldo Capitini (1899-1968) a partir de la crítica común a las instituciones como dispositivos de dependencia y pasividad. A pesar de haber operado en contextos independientes, los dos autores convergen en una visión de la educación como práctica horizontal de emancipación: Illich a través del concepto de convivialidad y la crítica a la contraproduktividad de las instituciones y los sistemas expertos; Capitini a través de la teoría de la omnocracia y la práctica

de los Centros de Orientación Social (C.O.S.). El artículo muestra cómo esta convergencia ofrece herramientas analíticas aún válidas para repensar la educación de adultos en el contexto actual, caracterizado por la centralización de las infraestructuras digitales y la erosión de los espacios públicos de deliberación. La educación de adultos se reinterpreta, así como la construcción colectiva de autonomía crítica y de nuevas formas de sociabilidad.

**Palabras clave**

Iván Illich, Aldo Capitini, educación de adultos, convivialidad, omnicracia, desescolarización, democracia participativa.